

CAPÍTULO VII

CONTINUACION DEL CAPITULO: ESTADO ECLESIASTICO

2.—Que los curatos no se den, sino al que tenga seis años de presbiterio, y en ellos vida ejemplar; sirviendo algún hospital, monasterio, parroquia en casa de compañero, o maestro en algún colegio.

3.—Que a los pobres no se lleve derecho ninguno por entierros, matrimonios y bautismos.

4.—Que la información de insolvencia la reciban los jueces seculares momentáneamente, y pasen oficio a los curas para que procedan gratis.

5.—Que los curas tengan libros de todas las entradas del beneficio, invirtiendo la tercera parte en el culto de la Iglesia, otra en socorrer los pobres, y la última en su mantenimiento.

6.—Que el contenido en la regla anterior se entienda en los beneficios valiosos, pero no en aquéllos que solamente alcanzan para una decorosa subsistencia.

7.—Que la cuenta anual se forme con asistencia del Juez secular, la pase el cura al Arzobispo u Obispo, y estos preladados las dirijan a los primeros jefes de los lugares respectivos.

8.—Que los jueces reales en caso que los curas hayan procedido con fraude, reciban sumaria secreta y la remitan a los jefes, para que éstos las trasladen a los Arzobispos u Obispos, los que hagan que dichas cuentas se ratifiquen, castigando al párroco si resultase delincuente.

9.—Que el Juez secular, que por hostilidad a los curas proceda sin fundamento, sea penado con una multa y se le aperciba seriamente¹.

10.—Que no tengan los curas intervención alguna, en las dotaciones de capellanías o cofradías, cobrando únicamente sus derechos conforme al arancel, o institución de la obra piadosa.

11.—Que siendo el arancel de Lima escandaloso, pues sólo por la cruz en un funeral se cobran treinta y ocho pesos y tres reales, se arregle con audiencia de los síndicos de los Cabildos.

¹ Todas estas reglas sólo debían tener lugar permaneciendo los derechos eclesiásticos. Ellos deben concluir señalándose a los curas rentas por el Estado, como funcionarios públicos.

12.—Que por cuanto se experimenta, que por no pagar compañero los curas, dejan de oír misa muchos feligreses; y lo que es más sensible mueren sin confesión los que residen en pueblos distantes, el Juez avise al gobierno del número de compañeros que se necesitan, y esta razón se dirija al prelado eclesiástico para que determine lo conveniente.

13.—Que de tres en tres años los Arzobispos y Obispos visiten las diócesis por sí o por delegados, en caso de justo impedimento: siendo dichos delegados de la aprobación del gobierno².

14.—Que se cele el comercio y negociaciones en los curas, lo que es prohibido aún a los eclesiásticos particulares por los cánones y leyes de India: que convencidos de esta criminalidad se les castigue y amoneste por tres veces y en caso de reincidencia se les concuerde el beneficio.

15.—Que solamente se les conceda licencia a los curas para bajar a las capitales, en los casos que los cánones señalan; procediéndose en este punto con la mayor escrupulosidad.

16.—Que no sean admitidos a la oposición de canongías, sino los curas y beneficiados de conducta cristiana y arreglada y que hubiesen desempeñado con justicia sus empleos; debiendo el promotor fiscal de oficio o por escrito exponer lo que sepa contra los pretendientes, haciéndole jurar el prelado, que nada aumentará, ni disminuirá por odio o por compasión.

17.—Que las canongías que no son por oposición, de ningún modo se den sin precedente informe del prelado y del jefe político; a cuyos informes deberá preceder una información secreta recibida con audiencia del promotor fiscal y del síndico procurador³.

18.—Que los Obispos y Arzobispos presenten a los jefes una razón anual de sus rentas y la inversión que hacen de ellas⁴.

19.—Que siempre que los jefes políticos conozcan: que los Arzobispos u Obispos procedan con dolo en dichas razones, no llenan su oficio, no cuidan de la honestidad y arreglo del clero, se desentienden del culto de los templos, informen inmediatamente al gobierno bajo responsabilidad.

20.—No se admitan órdenes a individuos viciosos y a los criminales se castigue con severidad.

² Desde la conquista, entre todos los Arzobispos de Lima sólo Santo Toribio, y la Reguera han cumplido con la visita. Nunca los curatos han estado en mayor abandono que en el día. El actual Heras, es un sanguinario que sólo piensa en que sean asesinados los que llama insurgentes. Su secretario es un perverso ignorante que sólo tiene por objeto enriquecerse y elevarse.

³ Todas estas reglas se entienden mientras un buen gobierno no extirpe hasta el nombre de canónigos. Estas son unas dignidades inútiles a la Iglesia y gravosas a los pueblos. Si el Cristianismo es la religión del país está muy bien que se tengan curas y obispos; todos los demás rangos sólo sirven para mantener el orgullo y la ociosidad.

⁴ Creo que en el día se les debe fijar la renta por el Estado, impidiendo así los abusos que hacen los más de ellos del caudal que roban a los pueblos.

No ha sido mi ánimo abolir el poder de la Iglesia. Lutero le expresó a Cristián III Rey de Dinamarca que no debía tratar al clero con sumo rigor, porque era el apoyo de la corona.

Yo diré con Montesquieu, que es la cadena y el freno que sujeta a los malos príncipes. Mi designio es salvar las Américas de la opresión y que sean buenos sus habitantes en cualquier clase o estado en que se hallan. Si esto es impiedad, yo cito para que decida mi proceso delante de aquél que todo lo ve y jamás se engaña.

CAPÍTULO VIII

RELIGIONES DE HOMBRES Y MUJERES

Desgraciados de aquellos días, decía el Salvador, en que la corrupción se apodera del templo: entonces no hay remedio sino huir, sin detenerse por la túnica. Cuando los vicios más enormes y espantosos se descubren en aquellas personas que deben dar ejemplo, se duda de la doctrina que predicán y de las verdades que anuncian: halla el impío excusa a su sistema y el hereje no distingue la santidad de la religión, de la flaqueza del hombre que la administra. La sátira, el dicterio, la burla se avivan contra el Evangelio: se crea un código teórico incapaz de realizarse, y algún audaz escribió por eso, diciendo, que los tres mayores impostores habían sido Moisés, Jesucristo y Mahomed. Si en el sosiego de los claustros no reina la paz, si en la distancia de los espectáculos públicos no se halla la continencia, si con la jerga no se acompaña el voluntario abatimiento, ¿quién podrá, en el medio del siglo, fomentar esas virtudes? Este no es un yugo suave y ligero; es una carnicería como decía Calvino; en la confesión ponen obstáculos a la bienaventuranza que convida. Rousseau admiraba la santidad del Nuevo Testamento, pero quería en el párroco saboyano, que Dios le hablase sin valerse de intérpretes. Estos son algunos de los argumentos frutos de la prostitución y abandono de los eclesiásticos. En vano se les argüirá a los libertinos con las vidas ejemplares de los cristianos en los primitivos tiempos de la Iglesia: ellos contestan o que ya eso pasó, o que no hay obra antigua que no sea figurada después del siglo trece.

Yo he leído lo que los extranjeros escriben sobre el estado monacal de las Américas. M. Freron en su año literario lo compendia en algunas páginas: convengo con esos escritores aún siendo nacido en aquellos países. La castidad se queda en el voto, la pobreza cuando faltan medios de enriquecerse, la obediencia es forzada y la observan únicamente los desvalidos. Los provinciales, los priores, los guardianes, los comendadores tienen sus públicas concubinas. Las celdas son unos gabinetes reales donde compite el buen gusto y la riqueza. En los paseos públicos, las meretrices se distinguen con el sobrenombre de la provinciala, la priora, la comendadora según el amante que la sostiene. El convento no da otra cosa que el alimento, las más veces asqueroso a los brutos; pero los prelados tienen mesas